

Composición

Revista de filosofía habitable



Filosofía explícita de la historia y la historicidad radical

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

El Composicionismo concibe la historia no como progreso, ni como ciclo, ni como contingencia pura, sino como el campo dialéctico permanente donde las formas materiales objetivas emergen, se estabilizan, son capturadas por una parte que tiende a absolutizarse y, finalmente, se descomponen. La historicidad es radical porque ninguna composición es eterna, ninguna estabilización está garantizada y toda forma lleva dentro de sí su propia contradicción y su posibilidad de colapso. Este artículo expone la filosofía explícita de la historia del Composicionismo como dialéctica implacable de composición y descomposición, sin consuelo ni promesa de reconciliación final.

Palabras clave: *Composicionismo; historicidad radical; dialéctica de composición y descomposición; captura parcial; contradicción material; grados de historicidad; descomposición inmanente.*

Abstract

Composicionism conceives history neither as progress, nor as cycle, nor as pure contingency, but as the permanent dialectical field in which objective material forms emerge, achieve relative stabilization, are captured by a part that tends to absolutize itself, and finally decompose. Historicity is radical because no composition is eternal, no stabilization is guaranteed, and every form carries within itself its own contradiction and the possibility of collapse. This article develops the explicit philosophy of history in Composicionism as an implacable dialectic of composition and decomposition, without consolation and without the promise of final reconciliation.

Keywords: *Composicionism; radical historicity; dialectic of composition and decomposition; partial capture; material contradiction; degrees of historicity; immanent decomposition.*

1. Introducción: destrucción de las narrativas tranquilizadoras

Toda filosofía anterior de la historia ha sido, en mayor o menor medida, una forma de negación de la finitud material. La narrativa del progreso presenta el tiempo histórico como despliegue acumulativo hacia formas cada vez superiores de racionalidad, libertad o dominio técnico; aunque reconozca retrocesos y conflictos, presupone que la dirección general es ascendente. La narrativa cíclica niega la novedad radical: la historia no sería sino repetición, retorno o degradación de un orden anterior. El nihilismo moderno destruye estas esperanzas, pero convierte la historia en puro sinsentido o en sucesión vacía. Las tres ofrecen un consuelo: una meta final, un orden inteligible, o la nobleza de aceptar que nada tiene sentido. En todos los casos, la historia queda recubierta por una figura tranquilizadora que la domestica.

El bisturí composicionista destruye sin piedad estas narrativas. La historia no es ni ascenso necesario, ni caída cíclica, ni absurdo puro: es el terreno donde la *symploké* material se temporaliza en forma de contradicción permanente. No hay reconciliación final. No hay garantía de progreso. No hay orden oculto que rescate retrospectivamente la destrucción. Solo hay lucha continua contra la captura y la descomposición.¹

Sin embargo, destruir las narrativas tranquilizadoras no significa disolver toda estructura histórica en una contingencia plana. Aquí aparece una precisión decisiva del sistema: la historicidad es radical, pero no homogénea. Nada está absolutamente garantizado, pero no todo posee el mismo grado de resistencia, de transformabilidad ni de exposición inmediata al colapso. Hay formas estructurales mínimas cuya historicidad se concentra sobre todo en su emergencia y que, una vez surgidas, funcionan como condiciones de posibilidad de otras composiciones posteriores. Junto a ellas existen formas intermedias y superiores —economía, derecho, moral, técnica, *paideia*, ideología, regímenes políticos concretos— cuya historicidad es mucho más abierta y cuya contradicción se despliega con mayor intensidad.²

Esta distinción no introduce una nueva metafísica: la radicaliza con mayor rigor. Precisamente porque toda composición puede ser capturada o descompuesta, es necesario distinguir cuáles poseen mayor resistencia estructural y cuáles son más frágiles. El Composicionismo destruye tanto la ilusión de una historia providencial como la tentación de un historicismo plano en el que todas las formas serían igualmente contingentes. La historia es radicalmente abierta a la contradicción y a la descomposición, pero dentro de ella siguen operando grados reales de historicidad. Esta destrucción de las grandes narrativas obliga a pensar la praxis sin garantía: si no hay reconciliación final, si ninguna forma está asegurada y si toda estabilización contiene ya su propia contradicción, entonces toda composición histórica debe sostenerse en condiciones de precariedad.

2. Concepto composicionista de la historia y la historicidad radical

La historia es la temporalización conflictiva de la *symploké* material: el proceso por el cual las formas materiales objetivas emergen, alcanzan estabilizaciones relativas, son capturadas por una parte que tiende a absolutizarse y, tarde o temprano, se descomponen. Esta definición exige distinguir cuidadosamente historia e historicidad. La historia designa el campo efectivo de transformaciones, conflictos, sedimentaciones y colapsos. La historicidad nombra la condición estructural por la cual toda forma compuesta está sometida al tiempo, a la contradicción y a la posibilidad de destrucción. La primera es el proceso; la segunda, su ley material interna. No hay formas primero estables a las que luego «les pase» la historia: toda forma ya nace históricamente expuesta. Su ser consiste precisamente en sostenerse durante un tiempo bajo condiciones de contradicción.

La historicidad es radical porque toda forma es históricamente producida y, por tanto, históricamente destruible. No hay composición eterna ni estabilización definitivamente garantizada. Incluso las formas más resistentes existen bajo la condición de su posible desgaste, captura y disolución. Toda estabilización contiene ya su propia contradicción: para mantenerse, debe integrar tensiones, distribuir funciones, canalizar conflictos y reproducir ciertas condiciones materiales y subjetivas. En esa misma operación se generan asimetrías, rigideces, puntos ciegos y absolutizaciones parciales que, con el tiempo, pueden volverse destructivas. La captura es el momento en que una parte comienza a presentarse como principio del todo. No es un accidente externo, sino una posibilidad interna de toda estabilización.³

1 La destrucción de las narrativas tranquilizadoras de la historia que el artículo formula tiene su precedente más directo en las Tesis sobre la filosofía de la historia de Walter Benjamin. Benjamin atacó la idea social-demócrata del progreso histórico como acumulación necesaria y propuso la «imagen dialéctica» como herramienta de un materialismo histórico que detiene el flujo del tiempo y hace visible la violencia que cada «estado de cosas» conserva. La historia no es río de progreso sino campo de catástrofes interrumpidas por instantes de reconocimiento crítico. El Composicionismo acepta que el progreso como narrativa consoladora es ideología y que la historia está atravesada por capturas y colapsos que ninguna teleología puede redimir. La diferencia: Benjamin sitúa la posibilidad de ruptura en un instante mesiánico de redención; el Composicionismo la sitúa en la práctica continua de recomposición sin promesa de cierre ni imagen de salvación.

2 La distinción composicionista entre historicidad radical y grados de historicidad responde a un problema que Nietzsche planteó en Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida. Nietzsche distinguió tres modalidades históricas —monumental, anticuaria, crítica— y argumentó que el exceso de historia enferma a las culturas privando a los sujetos de la capacidad de actuar. Su crítica al historicismo que disuelve toda forma en contingencia es parcialmente correcta: si todo es igualmente contingente, el agente histórico pierde orientación. El Composicionismo acepta que no toda forma puede tratarse como igualmente transformable, pero rechaza la respuesta nietzscheana: Nietzsche resuelve el problema apelando a la fuerza vital que olvida selectivamente, lo que introduce irracionalismo. Los grados de historicidad dan una respuesta ontológica y material: no todo puede ser intervenido con la misma intensidad porque no todo posee el mismo grado de resistencia estructural.

3 La tesis de que «toda estabilización contiene ya su propia contradicción» es la reformulación composicionista de la lógica de la contradicción inmanente que Marx aplica al capitalismo en El Capital: el capitalismo no colapsa desde fuera sino que desarrolla contradicciones internas (tasa de ganancia decreciente, sobreproducción, contradicción entre fuerzas y relaciones de producción) que pueden precipitar su desgaste. El Composicionismo generaliza esa lógica: no es solo el capitalismo sino toda composición que alcanza alta

Ahora bien, afirmar la radicalidad de la historicidad no significa sostener que todas las formas sean igualmente contingentes, igualmente frágiles o igualmente transformables. Dentro de esa historicidad general operan grados reales de historicidad, y esos grados son indispensables para que el análisis histórico no se disuelva en indiferenciación. Existen formas estructurales mínimas —principio de no contradicción, ciertas estructuras aritméticas básicas, algunas condiciones mínimas de inteligibilidad— cuya alteración radical comprometería la posibilidad misma de reconstrucción de niveles enteros de la *symploké*. Junto a ellas existen formas intermedias y superiores —economías, regímenes políticos, sistemas jurídicos, morales históricas, técnicas, *paideias*, ideologías— cuya historicidad es mucho más abierta: altamente transformables, dialécticamente recomponibles y mucho más vulnerables a la captura parcial.

Los grados de historicidad no niegan, por tanto, la historicidad radical; la articulan. Permiten distinguir qué puede ser recompuesto con relativa libertad y qué solo puede ser sostenido como condición mínima de inteligibilidad. Sin esta distinción, toda filosofía de la historia caería en un igualitarismo ontológico incapaz de comprender por qué ciertas rupturas son locales y otras arrastran niveles enteros del mundo humano pensable. La historia es, por tanto, el campo de una dialéctica sin síntesis final: hay síntesis parciales, estabilizaciones temporales, rearticulaciones efectivas, pero ninguna de ellas cierra definitivamente el proceso. Toda síntesis contiene el germen de nuevas contradicciones porque toda estabilización, al organizar una totalidad, deja siempre abierta la posibilidad de que una parte se rigidice y se absolutice. Esta historicidad radical debe entenderse siempre dentro de los límites de una *symploké* material finita y estructuralmente exhaustible.

3. Implicaciones ontológicas y antropológicas

La historicidad radical revela la fragilidad constitutiva de toda composición. La ontología deja de poder pensarse como inventario de formas estables y pasa a comprenderse como campo de formas que solo existen en la medida en que logran sostenerse temporalmente contra la descomposición. Ser no significa aquí permanecer inmóvil, sino mantenerse bajo tensión, integrar contradicciones y resistir durante un tiempo la tendencia interna al desgaste, a la captura o al colapso. La consistencia ontológica deja de equivaler a inmutabilidad y pasa a definirse como resistencia temporal lograda: toda forma es real en la medida en que se sostiene, pero ninguna se sostiene por sí sola ni para siempre.

También aquí operan grados de historicidad. Hay formas estructurales mínimas cuya historicidad se concentra sobre todo en su emergencia y que, una vez aparecidas, pasan a operar como condiciones de posibilidad de amplios campos de composición posteriores. Junto a ellas, existen formas intermedias y superiores mucho más abiertas a transformación: instituciones, economías, regímenes políticos, pedagogías, técnicas, ideologías, configuraciones del deseo. Aquí la contradicción está más expuesta, la captura es más frecuente y la descomposición más visible. La historia actúa en estos niveles con mayor plasticidad y violencia. La ontología composicionista no se disuelve así en historicismo absoluto: reconoce que todo está expuesto a la temporalidad conflictiva, pero también que no todo pesa ontológicamente lo mismo ni puede ser recompuesto con la misma libertad.

La subjetividad producida es siempre un resultado precario. No hay sujeto pleno, originario ni garantizado: toda subjetividad depende de mediaciones materiales, afectivas, lingüísticas, técnicas e institucionales que pueden alterarse, erosionarse o colapsar. También aquí operan grados de historicidad: hay dimensiones mínimas sin las cuales la subjetividad humana dejaría de ser inteligible como tal —ciertas condiciones corporales, lingüísticas, relacionales y lógicas—, pero la forma concreta que adopta —sus hábitos, valores, deseos, autopercepción, horizonte temporal, relación con el trabajo o con el poder— es mucho más históricamente moldeable. La subjetividad no es una esencia fija, pero tampoco una plasticidad infinita sin condiciones de posibilidad. La historia atraviesa al sujeto de manera constitutiva: no es algo que le ocurra desde fuera, sino que la subjetividad es ya histórica en su producción, en su forma y en sus límites.

No hay sujeto de la historia.⁴ Esta afirmación es decisiva. La historia no tiene un protagonista último —ni Espíritu, ni Humanidad, ni Proletariado, ni Razón, ni Mercado— que la lleve a cumplimiento. Solo hay composiciones que luchan por sostenerse y que, inevitablemente, acaban siendo capturadas o disueltas. Esto no implica negar la agencia humana: significa situarla correctamente. Los seres humanos actúan, luchan, producen instituciones y transforman el mundo, pero lo hacen siempre dentro de composiciones más amplias que no controlan plenamente. La acción histórica es real, pero no soberana. Los grados de historicidad permiten pensar hasta dónde puede llegar la recomposición consciente y dónde debe actuar con mayor cautela sosteniendo condiciones mínimas. La antropología composicionista es una antropología de la precariedad activa: es precariedad porque nada está plenamente asegurado; es activa porque esa falta de garantía no conduce a la renuncia, sino a la práctica.

Toda obra, toda *paideia*, toda polis es una estabilización temporal contra la tendencia inmanente a la descomposición. Lo que vale históricamente no es lo eterno, sino lo que logra sostener una consistencia relativa dentro de la fragilidad general. Una obra no vale porque escape al tiempo, sino porque logra producir duración significativa dentro de él. Una *paideia* no vale porque forme sujetos definitivos, sino porque consigue transmitir formas de orientación relativamente estables en medio de la mutabilidad. Una polis no vale porque encarne una justicia eterna, sino porque organiza temporalmente un mundo común contra fuerzas de captura y desintegración. Pero tampoco aquí todas las estabilizaciones son equivalentes: hay obras que reorganizan de modo duradero el campo sensible o conceptual, y otras que son sedimentaciones de época fácilmente absorbibles; hay instituciones que sostienen condiciones básicas de mundo común, y otras que expresan arreglos contingentes de poder.

4. Implicaciones éticas, normativas y políticas

La historicidad radical convierte la ética en una praxis sin garantía. Si toda forma es precaria, si toda estabilización contiene contradicción y si ninguna composición está exenta de captura, entonces la ética no puede apoyarse en un bien asegurado ni en una estructura definitiva de corrección. La consistencia objetiva no es un estado alcanzable de una vez por todas: es un logro siempre precario contra la captura. Se trata de sostener, durante un tiempo y bajo ciertas condiciones, composiciones no destructivas sabiendo que ninguna de ellas quedará inmune al deterioro. La ética deja así de ser búsqueda de perfección y se convierte en trabajo continuo de recomposición.

Los grados de historicidad resultan normativamente decisivos. No toda composición debe ser tratada con la misma intensidad crítica ni con la misma libertad de transformación. Existen formas más profundamente condicionantes, cuya alteración radical comprometería la inteligibilidad o la habitabilidad del conjunto, y formas mucho más contingentes, abiertas a una intervención dialéctica más intensa. La ética composicionista no puede limitarse a afirmar que «todo cambia» o que «todo debe ser transformado»: debe distinguir qué composiciones funcionan como condiciones mínimas de posibilidad y cuáles constituyen sedimentaciones históricas susceptibles de recomposición más libre. La virtud no es habituación serena ni armonía conseguida: es resistencia activa a la absolutización de cualquier parte dentro de condiciones históricas concretas, con vigilancia, corrección, disciplina y disposición constante a revisar aquello que comienza a endurecerse de manera capturadora. La virtud incluye también discernimiento respecto a los grados de historicidad: no es solo energía crítica, sino inteligencia estructural.

La polis no es la realización de la justicia en sentido pleno.⁵ No es el lugar donde la contradicción desaparece ni donde la historia alcanza una forma definitiva de reconciliación. Es, más modestamente y a la vez de manera más exigente, el campo donde se organiza la lucha contra la captura total. Su tarea no es alcanzar un régimen perfecto, sino impedir que cualquier parte —capital, Estado, tecnología, ideología, burocracia, nación, identidad o aparato militar— se convierta en principio absoluto del todo. La política composicionista exige conciencia de la contingencia y de la fragilidad de toda forma, pero sin tratarlas como si todas fueran igualmente sustituibles: hay instituciones cuyo nivel de sedimentación histórica es más profundo porque cumplen funciones de sostén más básicas, y otras que son mucho más contingentes y fácilmente transformables.

En segundo lugar, la polis debe formar una *paideia* que haga visible la captura y la posibilidad siempre abierta de recomposición. Esta *paideia* debe hacer inteligible no solo la contingencia de las formas políticas, sino también sus distintos grados de historicidad: sin esta mediación, la crítica corre el riesgo de volverse ciega, bien absolutizando lo existente, bien pretendiendo someter a destrucción indiscriminada niveles de composición cuya ruptura arrastraría condiciones mínimas del mundo común. Además, esa *paideia* no puede limitarse al nivel conceptual: debe intervenir sobre el *eros*, sobre los hábitos, sobre las formas de atención y sobre el modo mismo en que los sujetos perciben la vida política.

En tercer lugar, la política debe mantener abierta la contradicción para que la descomposición no se vuelva irreversible: impedir cierres absolutos, totalizaciones blindadas y dispositivos que cancelen la posibilidad de corrección. Una contradicción visible y trabajable es preferible a una falsa unidad que prepara el colapso. Mantener abierta la contradicción quiere decir conservar la posibilidad de crítica, de revisión, de desplazamiento institucional y de reapertura pública del conflicto.

estabilización la que contiene tensiones que pueden volverse destructivas. Esto no es pesimismo ontológico sino descripción de la estructura material de cualquier totalidad dinámica: su capacidad de sostenerse genera también los mecanismos de su posible degradación. La diferencia con Marx: el Composicionismo no especifica qué contradicción dominará históricamente en cada formación; analiza la estructura formal de la contradicción inmanente a toda composición.

4 La tesis de que no hay sujeto de la historia —ni Espíritu, ni Humanidad, ni Proletariado, ni Razón, ni Mercado— que la lleve a cumplimiento separa al Composicionismo tanto de Hegel como de ciertas tradiciones marxistas. Para Hegel en las Lecciones sobre la filosofía de la historia, el Espíritu Universal se realiza en los pueblos y en los grandes individuos históricos como instrumentos de una razón que se reconoce en el proceso. Para el marxismo clásico, el proletariado como clase universal es el agente que clausura la préhistoire e inaugura la historia humana real. El Composicionismo rechaza ambas figuras: no porque niegue la agencia humana sino porque la sitúa correctamente. Los seres humanos actúan, producen instituciones y transforman composiciones, pero lo hacen dentro de tramas que no controlan plenamente y sin que ninguna clase o Geist sea portador de su resolución final.

5 La concepción de la polis como «campo donde se organiza la lucha contra la captura total» y no como realización de la justicia en sentido pleno tiene un precedente en la política agonal de Arendt y en su distinción entre lo político y lo social. Para Arendt, la política es el espacio de la acción concertada entre iguales, constitutivamente plural, y no puede ser reducida a administración de necesidades ni a realización de una idea trascendente del bien. El Composicionismo acepta que la política no puede prometerse reconciliación definitiva ni justicia plena. La diferencia: para Arendt, la pluralidad política tiene una dignidad casi ontológica que proteger frente a la amenaza del mundo social; para el Composicionismo, la política es campo histórico de lucha contra la captura estructural, y su tarea no es preservar una pluralidad originaria sino impedir que composiciones reales sean clausuradas por absolutizaciones parciales.

Sin embargo, esta apertura tampoco puede ser indiscriminada: los grados de historicidad operan aquí como criterio político. No toda contradicción debe intensificarse del mismo modo ni en todos los niveles. La política composicionista no promete victoria final: interviene dialécticamente sin ilusión de cierre, buscando la capacidad de recomponer continuamente estructuras amenazadas por la captura. Esto exige instituciones flexibles, mediaciones fuertes y prácticas constantes de crítica.⁶ La política composicionista conjuga dos exigencias que suelen aparecer separadas: capacidad de transformación y capacidad de sostén. Sin capacidad de transformación, las instituciones se rigidizan y aceleran su propia descomposición. Sin capacidad de sostén, el conflicto devora las condiciones mínimas que harían posible cualquier recomposición posterior. Los grados de historicidad permiten precisamente modular esta doble exigencia. La política no desaparece por no haber cierre: se vuelve más necesaria, porque debe actuar en un terreno sin promesa de solución última. Si no hay reconciliación final, entonces toda forma política debe ser sostenida, corregida y vigilada sin descanso. Si no hay fundamento trascendente, la responsabilidad histórica recae enteramente en la práctica de composición.

Conclusión

La historia no es destino ni absurdo. No está guiada por una providencia secularizada ni entregada a un sinsentido puro e indiferenciado. Es el campo dialéctico donde la *symploké* material se temporaliza en forma de contradicción incesante entre composición y descomposición. La historicidad es radical porque nada está garantizado y todo debe ser sostenido contra su propia tendencia al colapso. Esta radicalidad no significa que todas las formas sean igualmente frágiles o igualmente transformables, sino que ninguna está absolutamente a salvo de la captura o de la descomposición. El Composicionismo no elimina los grados de historicidad, sino que los sitúa dentro de una dialéctica sin garantía. Hay composiciones cuya historicidad se manifiesta sobre todo en su emergencia y cuya estabilidad posterior cumple una función estructural mucho más profunda; y hay otras cuya contradicción es más abierta, cuya captura es más probable y cuya recomposición es mucho más libre. Pero ninguna de estas diferencias puede convertirse en refugio dogmático ni en nueva promesa de seguridad. El Composicionismo no ofrece consuelo histórico: no promete progreso necesario, restauración del orden ni grandeza del sinsentido. Ofrece algo más sobrio y más exigente: la inteligencia lúcida de que la lucha es permanente, de que toda estabilización es frágil y de que la única forma de habitar con verdad un mundo material y finito es componer sabiendo que, tarde o temprano, habrá que recomponer de nuevo.⁷ La radicalidad histórica no conduce al relativismo plano: exige una mayor precisión crítica. Exige distinguir entre estabilizaciones más profundas y más superficiales, entre contradicciones que afectan niveles básicos de composición y contradicciones que operan en formaciones mucho más contingentes, entre aquello que puede y debe ser radicalmente recompuesto y aquello cuya alteración requiere mayor cautela. Actuar históricamente no es colaborar con una teleología providencial ni desafiar un absurdo absoluto: es intervenir en composiciones frágiles para retrasar, corregir o reorientar su tendencia a la captura y a la descomposición. La dialéctica composicionista no destruye por sistema ni conserva por reflejo: distingue, jerarquiza y recompone. La historia no se cierra. Tampoco se repite mecánicamente. Se reabre sin cesar en cada nueva estabilización, en cada conflicto, en cada intento de absolutización parcial y en cada recomposición posible. Por eso toda filosofía de la historia que prometa cierre resulta falsa, y toda filosofía que disuelva la diferencia entre niveles resulta insuficiente. La historicidad es radical, porque ninguna composición está garantizada; y los grados de historicidad son reales, porque no toda composición tiene la misma resistencia, la misma profundidad ni la misma transformabilidad. Esta doble afirmación es decisiva para el sistema: la radicalidad impide cualquier dogmatismo histórico; los grados impiden que esa radicalidad se convierta en nihilismo. La historia no ofrece salvación: ofrece una tarea más austera, distinguir, sostener y recomponer dentro de una contradicción que nunca desaparece.

Notas

- 1** La destrucción de las narrativas tranquilizadoras de la historia que el artículo formula tiene su precedente más directo en las Tesis sobre la filosofía de la historia de Walter Benjamin. Benjamin atacó la idea social-demócrata del progreso histórico como acumulación necesaria y propuso la «imagen dialéctica» como herramienta de un materialismo histórico que detiene el flujo del tiempo y hace visible la violencia que cada «estado de cosas» conserva. La historia no es río de progreso sino campo de catástrofes interrumpidas por instantes de reconocimiento crítico. El Composicionismo acepta que el progreso como narrativa consoladora es ideología y que la historia está atravesada por capturas y colapsos que ninguna teleología puede redimir. La diferencia: Benjamin sitúa la posibilidad de ruptura en un instante mesiánico de redención; el Composicionismo la sitúa en la práctica continua de recomposición sin promesa de cierre ni imagen de salvación.
- 2** La distinción composicionista entre historicidad radical y grados de historicidad responde a un problema que Nietzsche planteó en Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida. Nietzsche distinguió tres modalidades históricas —monumental, anticuaria, crítica— y argumentó que el exceso de historia enferma a las culturas privando a los sujetos de la capacidad de actuar. Su crítica al historicismo que disuelve toda forma en contingencia es parcialmente correcta: si todo es igualmente contingente, el agente histórico pierde orientación. El Composicionismo acepta que no toda forma puede tratarse como igualmente transformable, pero rechaza la respuesta nietzscheana: Nietzsche resuelve el problema apelando a la fuerza vital que olvida selectivamente, lo que introduce irracionalismo. Los grados de historicidad dan una respuesta ontológica y material: no todo puede ser intervenido con la misma intensidad porque no todo posee el mismo grado de resistencia estructural.
- 3** La tesis de que no hay sujeto de la historia —ni Espíritu, ni Humanidad, ni Proletariado, ni Razón, ni Mercado— que la lleve a cumplimiento separa al Composicionismo tanto de Hegel como de ciertas tradiciones marxistas. Para Hegel en las Lecciones sobre la filosofía de la historia, el Espíritu Universal se realiza en los pueblos y en los grandes individuos históricos como instrumentos de una razón que se reconoce en el proceso. Para el marxismo clásico, el proletariado como clase universal es el agente que clausura la préhistoire e inaugura la historia humana real. El Composicionismo rechaza ambas figuras: no porque niegue la agencia humana sino porque la sitúa correctamente. Los seres humanos actúan, producen instituciones y transforman composiciones, pero lo hacen dentro de tramas que no controlan plenamente y sin que ninguna clase o Geist sea portador de su resolución final.
- 4** La concepción de la polis como «campo donde se organiza la lucha contra la captura total» y no como realización de la justicia en sentido pleno tiene un precedente en la política agonal de Arendt y en su distinción entre lo político y lo social. Para Arendt, la política es el espacio de la acción concertada entre iguales, constitutivamente plural, y no puede ser reducida a administración de necesidades ni a realización de una idea trascendente del bien. El Composicionismo acepta que la política no puede prometerse reconciliación definitiva ni justicia plena. La diferencia: para Arendt, la pluralidad política tiene una dignidad casi ontológica que proteger frente a la amenaza del mundo social; para el Composicionismo, la política es campo histórico de lucha contra la captura estructural, y su tarea no es preservar una pluralidad originaria sino impedir que composiciones reales sean clausuradas por absolutizaciones parciales.
- 5** La tesis de que «toda estabilización contiene ya su propia contradicción» es la reformulación composicionista de la lógica de la contradicción inmanente que Marx aplica al capitalismo en El Capital: el capitalismo no colapsa desde fuera sino que desarrolla contradicciones internas (tasa de ganancia decreciente, sobreproducción, contradicción entre fuerzas y relaciones de producción) que pueden precipitar su desgaste. El Composicionismo generaliza esa lógica: no es solo el capitalismo sino toda composición que alcanza alta estabilización la que contiene tensiones que pueden volverse destructivas. Esto no es pesimismo ontológico sino descripción de la estructura material de cualquier totalidad dinámica: su capacidad de sostenerse genera también los mecanismos de su posible degradación. La diferencia con Marx: el Composicionismo no especifica qué contradicción dominará históricamente en cada formación; analiza la estructura formal de la contradicción inmanente a toda composición.
- 6** La conclusión de que la filosofía composicionista de la historia «no ofrece salvación, ofrece una tarea más austera» puede ser comparada con la posición de Löwith en El sentido de la historia. Löwith argumentó que toda filosofía moderna de la historia es secularización encubierta de la escatología judeo-cristiana: el Espíritu de Hegel, el Proletariado de Marx, el Superhombre de Nietzsche son sustitutos seculares de la promesa de salvación. El Composicionismo acepta la crítica de Löwith a la secularización encubierta de la teleología. La diferencia: Löwith concluye que sin escatología genuina la historia es solo devenir sin sentido, lo que produce una forma de nihilismo resignado. El Composicionismo rechaza esa conclusión: la historia tiene estructura dialéctica discernible, grados de historicidad reales y una dirección material (composición superior) que orienta la praxis sin necesitar ni promesa de salvación ni reconocimiento de absurdo.

Bibliografía

Arendt, Hannah. *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península, 1996.

Aristóteles. *Física*. Madrid: Gredos, 1995.

Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.

Benjamin, Walter. *Tesis sobre la filosofía de la historia y otros fragmentos*. Madrid: Alianza, 2008.

Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. Madrid: Trotta, 2004.

Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza, 1970.

Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.

Bueno, Gustavo. *El individuo en la Historia*. Oviedo: Imprenta Cabal, 1980.

Bueno, Gustavo. *El sentido de la vida*. Oviedo: Pentalfa, 1996.

Collingwood, R. G. *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos, 1992.

Hegel, G. W. F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza, 1980.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.

Löwith, Karl. *El sentido de la historia*. Madrid: Aguilar, 1958.

Marx, Karl. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza, 2003.

⁶ La conclusión de que la filosofía composicionista de la historia «no ofrece salvación, ofrece una tarea más austera» puede ser comparada con la posición de Löwith en El sentido de la historia. Löwith argumentó que toda filosofía moderna de la historia es secularización encubierta de la escatología judeo-cristiana: el Espíritu de Hegel, el Proletariado de Marx, el Superhombre de Nietzsche son sustitutos seculares de la promesa de salvación. El Composicionismo acepta la crítica de Löwith a la secularización encubierta de la teleología. La diferencia: Löwith concluye que sin escatología genuina la historia es solo devenir sin sentido, lo que produce una forma de nihilismo resignado. El Composicionismo rechaza esa conclusión: la historia tiene estructura dialéctica discernible, grados de historicidad reales y una dirección material (composición superior) que orienta la praxis sin necesitar ni promesa de salvación ni reconocimiento de absurdo.

Marx, Karl, y Friedrich Engels. *La ideología alemana*. Madrid: Akal, 2014.

Nietzsche, Friedrich. *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999.

Platón. *República*. Madrid: Gredos, 2020.

Santoveña Martín, Jorge. *El mundo no se contempla. Se compone. Composicionismo: inversión materialista integral del platonismo. Génesis y sistema*. Letrame, 2026.

Spinoza, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza, 2011.

Vico, Giambattista. *Principios de una ciencia nueva*. Madrid: Tecnos, 2006.

Zubiri, Xavier. *Sobre la esencia*. Madrid: Alianza, 1985.